

# **La Socialdemocracia hoy. Entre el derrumbe del Socialismo Real y la Crisis de la Democracia**

*DR. CÉSAR CANSINO ORTIZ\**

Hace quince años, con el derrumbe del Muro de Berlín cambió para siempre la historia de la humanidad. ¿Qué lecciones podemos extraer de aquel acontecimiento histórico?, ¿qué ajustes debemos introducir en nuestros análisis toda vez que la distancia temporal nos permite emitir un juicio más atemperado de aquellos hechos?, ¿qué ha pasado con la disputa ideológica izquierda-derecha?, ¿qué fue de los países de Europa del Este?, ¿qué queda de la tradición marxista?, ¿es la socialdemocracia actual la heredera natural de la tradición socialista?, ¿se puede hablar hoy de una nueva “guerra fría”, con nuevos contenidos?, ¿qué ha significado la derrota del comunismo y el triunfo del liberalismo?, ¿cómo influyó el año de 1989 en las prácticas políticas y sociales en América Latina?, ¿cuáles son los nuevos desafíos del planeta después de 1989?, ¿existe una memoria histórica de 1989 o se ha desvanecido su importancia en la actualidad? Estas son algunas de las muchas interrogantes que sigue planteando ese acontecimiento histórico para las actuales generaciones.

Los años ochenta y los primeros años noventa del siglo pasado quedaron en la historia mundial como una época de grandes cambios políticos, sociales y económicos. El movimiento inició lenta y casi imperceptiblemente a mediados de los ochenta, cuando los regímenes militares comenzaron a debilitarse, empezando por un puñado de naciones de América Latina. Posteriormente, el proceso de liberalización se extendió y alcanzó a todos los países de Europa Central y del Este. De ahí que el derrumbe del Muro de Berlín en 1989 vino a significar el símbolo por excelencia de la conquista de la libertad y la derrota histórica de los proyectos totalizantes en cuyo nombre se cometieron los peores atropellos contra la humanidad.

La desaparición total de los regímenes comunistas a fines de 1991 y el colapso relativamente rápido de una de las dos superpotencias sin que mediara para ello una guerra constituyó, por su magnitud, un evento sin precedente. Naturalmente, el acontecimiento tomó desprevenidos a los observadores y abrió una importante fuente de investigación y controversia académica de la misma importancia que las revoluciones francesa y rusa.

Un mundo concluyó en 1989, pese a que el comunismo (sobre)vive en China, Cuba y en un pequeño puñado de países del Este Asiático. Los sistemas políticos basados en el poder hermético de un partido ubicuo han perdido todo prestigio, con el consiguiente descrédito en todas partes de los sistemas de partido único, incluyendo regiones largamente dominadas por estas formas políticas. Así, el siglo XX pudo haber sido solamente un paréntesis en la historia de los sistemas políticos: las formas dictatoriales de Gobierno que han interrumpido la tendencia liberalizadora de los periodos tempranos y que permitieron que la Primera Guerra Mundial derivara en la Segunda Guerra Mundial, han confirmado que parecen estar en la ruta de su total extinción.

---

\* Catedrático del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente y Director de la revista *Metapolítica*.

Los eventos de fines de los ochenta y principios de los noventa nos inducen a repensar la cuestión fundamental de las “tendencias históricas”: que estemos presenciando el “fin de la historia” es altamente discutible, pero también es cierto que ya no contamos con pistas definitivas sobre la dirección en que la “historia” puede estar dirigiéndose. Por una parte, el siglo de problemas y tribulaciones del liberalismo terminó. Sus enemigos de la izquierda así como los de la derecha se colapsaron. Los de la izquierda, a quienes en su momento se les tuvo tanto miedo, cayeron sin siquiera un golpe desde el exterior, virtualmente sin un sólo tiro de adentro. Por otra parte, terminó la Guerra Fría y en su lugar parece posicionarse cada vez más un poder imperial en un mundo globalizado, cuyos excesos unipolares han realimentado odios étnicos, ideológicos y culturales.

La situación para el liberalismo, quince años después de la caída del Muro, no es color de rosa. Es verdad que el sometimiento del mundo al juicio del crecimiento económico le obsequió una victoria a las sociedades liberales de los Estados Unidos y los países de Europa. Los liberales pluralistas han triunfado al abrigo de los éxitos del Liberalismo económico. Sin embargo, si esta es la única fundamentación del ideal liberal, su reinado tiene bases muy endebladas. El actual triunfo de las ideas liberales es más bien precario y frágil en tanto construido sobre la fractura entre mundo ético y mundo de las realizaciones materiales. La legitimidad mediante crecimiento económico, por más poderosa que sea, está lejos de ser permanentemente persuasiva, en un mundo que como el actual ha visto un incremento dramático de las desigualdades, la pobreza, la exclusión social, las pandemias, las hambrunas, las guerras, etcétera. Los injustos contrastes en todos los órdenes entre el mundo desarrollado —un puñado de países— y el resto de la humanidad, no hace sino vislumbrar una espiral creciente de conflictos y disputas, resentimientos y odios, guerras y destrucción. No deja de sorprender, por ejemplo, que incluso muchos países de Europa del Este que conquistaron su libertad a fines del siglo pasado, ahora han pasado a engrosar las filas de los países pobres y sus sociedades experimentan graves procesos de degradación cultural y decadencia moral.

Por todo ello, el Liberalismo requiere ser repensado como doctrina política, ya sea dentro del propio horizonte de principios y expectativas liberales o en relación a otros referentes de nuestro tiempo, como la Democracia. Ciertamente, la industria del pensamiento liberal no la detiene nadie. Sus partidarios más conspicuos se han enfrascado en acalorados debates que llenarían bibliotecas completas. Lo que está en juego es el mejor argumento para sostener la superioridad de los valores liberales respecto a otros, aunque ello suponga cuestionar la asunción que de los mismos han hecho algunos *neo* o *post* liberales.

En consecuencia, ¿por qué motivos se debería reclamar validez a los valores liberales? ¿Qué respuesta hay para los que sostienen que el Liberalismo absolutiza una posición relativa, que es una filosofía de *uvas amargas* de hombres sin raíces que han perdido toda identificación con la comunidad o la pertenencia a un conjunto de valores, y hacen una virtud de la necesidad de su búsqueda sin fin? Más aún, el esfuerzo de descubrir y crear riqueza que ha favorecido al liberalismo no durará siempre, ni tampoco la disminución de los efectos se aplicará a su impacto social. ¿Y entonces? Para empezar, habría que reconocer que la sociedad civil de la Democracia es distinta de la sociedad civil del Neoliberalismo. Aquella se ve a través de lo político, del espacio público, mientras que ésta, por el contrario, es una sociedad de átomos que únicamente se desarrollan en el espacio de lo privado. En el espacio privado sólo se pueden satisfacer necesidades privadas, pero la construcción de bienes públicos, como la libertad, sólo se juega en el espacio público.

Por lo pronto, los afanes del imperio en contra del terrorismo, ese terrible flagelo de la humanidad y expresión extrema de odios y resabios acumulados contra los poderosos de Occidente, han azuzado en todas partes el fundamentalismo ideológico. Una nueva guerra fría campea en el mundo, igual de absurda, dogmática y peligrosa que la que concluyó en 1989. En este diapasón, la vieja izquierda, que se mantuvo más bien silenciosa y cauta todos estos años, herida por el ocaso del Socialismo realmente existente, buscando banderas y sentidos a su lucha entre encapuchados y guerrilleros, salió nuevamente de sus madrigueras para fustigar al imperio, y saludar sin decirlo a todos aquellos que se atreven a golpearlo o vulnerarlo, llámese Bin Laden, Saddam Hussein o el fundamentalismo islámico. Esta izquierda, en todas partes, está actualizando sus viejos mitos y dogmas como si nada hubiera pasado, como si los acontecimientos de 1989 nunca hubieran ocurrido. Se trata de una izquierda desafiante que ve en el Neoliberalismo y la Globalización a sus principales enemigos, una izquierda nostálgica del pasado y que de repente se siente fuerte para abanderar las causas populares o revolucionarias sin ningún tipo de reparos o matices, llámese la revolución cubana, el separatismo etarra, el zapatismo, es decir, una izquierda incapaz de hacer las cuentas con su pasado.

Al despachar al Neoliberalismo por ser una ideología, un modelo que consiente pasivamente la explotación humana, la devastación de la naturaleza, la inequidad y la destrucción cultural, la izquierda le regatea al Liberalismo, por asociación, cualquier dignidad inherente. Pero si el colapso del Comunismo hizo trizas el supuesto de una sociedad integrada por los mismos fines y la idea de una sociedad en la que el Estado desea lo mismo que los ciudadanos, y mostró que la libertad política es algo más que un eslogan, que la libertad del individuo siempre es preferible a la fantasmagórica libertad "social", entonces, después de la caída del Muro de Berlín, todos somos un poco más "liberales", por más que ciertas afinidades ideológicas fuertes terminen fragmentándonos. De ahí, precisamente, la amnesia que hoy acusa la izquierda respecto de 1989.

Pero más grave aún, la crítica genérica de la izquierda al Neoliberalismo, incluyendo a una parte de la Socialdemocracia supuestamente más moderna y autocrítica, no está libre de ciertas contradicciones que pueden conducir al inmovilismo. Me explico. Es muy fácil que los resabios existentes en las poblaciones de los países subdesarrollados debido a las enormes desigualdades y rezagos acumulados lleven a identificar a los Estados Unidos o al Neoliberalismo o a la Globalización como los enemigos y los causantes de todas sus desgracias. De ahí que muchos se identifiquen con los terroristas y con todos aquellos que enfrentan al imperio, y contemplan la violencia como una opción válida para hacerse oír. Pero el verdadero problema está en las implicaciones unificadoras de este discurso antiglobalizador o antineoliberal, alentado sobre todo por la izquierda más radical y dogmática. Es decir, la izquierda nostálgica del pasado busca unificar los objetivos y los enemigos, como de hecho ocurrió en las Cumbres Sociales, simplificando al extremo el discurso.

Pero he ahí que los antiglobalización o los antineoliberales caen en una trampa, pues al declarar que el único poder real que gobierna al mundo es el dinero, hacen aparecer a lo político como una ficción. Esto es, revelaría la ineficacia simbólica del poder político, su incapacidad de dar sentido, de mantener unidas y de gobernar a las sociedades, pues debajo de toda relación política habría en realidad una relación económica. La estrategia sería entonces para ellos remover los obstáculos económicos que impiden emerger al mundo *verdaderamente real*: el mundo planificado. De ahí las simplificaciones vienen solas: ¿Democracia?, ¿derechos humanos? palabras vacías, máscaras de intereses económicos,

ficciones inútiles incapaces de frenar la voracidad de los mercaderes. Estas posiciones no favorecen a quienes queremos mejorar el mundo sin previamente quemarlo. Por todo ello veo en general a la izquierda, sobre todo después del 11 de septiembre de 2001, más próxima al fundamentalismo que al posibilismo, más proclive a la confrontación ideológica y dogmática que a la crítica y la autocrítica, más cercana a la descalificación del otro que al debate y la reflexión.

Al igual que antes, la izquierda sigue definiendo su proyecto alternativo de sociedad en negativo, es decir, sigue oponiendo al Capitalismo realmente existente un proyecto de sociedad inexistente, ubicado en un futuro ideal. Pero a la hora de las propuestas aquí y ahora, la izquierda tiene poco que decir. Hasta ahora no ha sido capaz de superar el nivel de la crítica reactiva y visceral al Capitalismo global “salvaje”, la cual repite hasta la saciedad a la menor provocación. Por ende, la alternativa socialista se coloca hoy más que nunca al margen de la historia y de la humanidad.

Además, la distinción izquierda/derecha ha perdido, sobre todo después del colapso del Comunismo, toda capacidad para dar cuenta de la complejidad del mundo actual; son conceptos cada vez más vacíos cuya única utilidad es ahorrar la reflexión y descalificar por sistema al adversario o al que piensa distinto; son conceptos, en suma, generalizadores y reduccionistas que al simplificar los fenómenos no hacen justicia a la pluralidad y radical diferencia que caracteriza a las sociedades contemporáneas. Ciertamente, muchos actores políticos siguen definiendo su propia acción y sus afinidades políticas a partir de esta dicotomía a pesar de que intelectualmente aporta muy poco ya para comprender a los partidos políticos y a las democracias modernas. El problema está en que la diferenciación se ha vuelto altamente retórica, pues alimenta posiciones irreductibles.

Y en este contexto de desvaríos e inconsistencias, ¿qué papel está llamado a desarrollar la Socialdemocracia? Para empezar, la Socialdemocracia, por su naturaleza anfibia, mitad socialista y mitad democrática, dista de ser un movimiento homogéneo en sus contenidos y que pueda caracterizarse de una vez por todas. Sin embargo, en lo general, constituye esa parte de la izquierda, quizá la única, que de manera más autocrítica y propositiva se ha acomodado a los nuevos tiempos. En ese sentido, es la que con mayor autoridad ha podido reivindicar los valores de igualdad y justicia social que hereda de su tradición socialista pero reconociendo que su proyecto político, como el de cualquier otro partido, permanece siempre bajo el escrutinio de los ciudadanos en elecciones libres y transparentes. Y es ahí donde los excesos retóricos e ideológicos de la Socialdemocracia en el mundo han sido castigados sistemáticamente por los ciudadanos. En efecto, los saldos casi siempre han sido negativos en estos quince años ahí donde la Socialdemocracia ha gobernado, pero sobre todo en Europa y América Latina. Los ejemplos se repiten una y otra vez, porque la Socialdemocracia se sigue colocando casi siempre en un horizonte de enormes expectativas sociales poscapitalistas que nunca llegan a ser colmadas en la práctica. Así, se abusa de una retórica social imposible y muchas veces se ha gobernado más con el manifiesto que con el realismo que imponen los nuevos tiempos de la Globalización y la corresponsabilidad planetaria.

Vivimos, sin duda, en una época en la que el desarrollo de la historia parece configurarse cada vez de manera más clara como un único proceso de alcance universal. Con todo, el estudio de los grandes cambios históricos, como el que marcó la caída del Muro, todavía debe concentrarse en rasgos específicos espacialmente determinados. Por lo demás, su complejidad inherente nos indica que de momento estamos todavía lejos de poder configurar un modelo interpretativo de los grandes cambios históricos de aspiraciones explicativas universales. Más aún, debido a la naturaleza abierta e irresoluble de los procesos de cambio, que se enriquecen a cada momento de hechos nuevos y desplazan a otros, los estudiosos han tendido en los últimos tiempos a reformular sus aproximaciones ya no en términos deterministas sino probabilistas. En la actualidad, la mayor parte de los especialistas parecen más o menos convencidos de que su objeto de estudio es parcialmente causal, parcialmente probabilista y parcialmente abierto, o, para decirlo con Sartori, “el libro del futuro está más abierto que nunca”.